

## MARÍA ZAMBRANO Y EL PENSAR ATLÁNTICO

Julio Ortega<sup>1\*</sup>

María Zambrano volvía, por fin, a Madrid después de cincuenta años de exilio, y mi amigo Javier Ruiz, que estuvo comprometido en ese feliz trámite, le ha dicho que escribo sobre Vallejo y Lezama, que paso unos días en Madrid y que me gustaría conversar con ella sobre esos poetas. Nos esperaba la tarde del sábado, y con Javier, Julia Castillo y César Antonio Molina nos encaminamos en peregrinaje a su piso frente al Retiro, como si fuésemos a consultar el oráculo ese verano de 1984. María es una filósofa que escribe espléndidamente porque piensa poéticamente. Tengo sus libros anotados y subrayados, no sin bochorno. Ya con ella aprendimos que toda verdad es compartida, y que todo relato es una confesión.

Uno conversa con su pensamiento como si su monólogo estuviese siempre acompañado. Desde la intimidad de su voz, ella debate con sus premisas y sus deducciones como si se tratase de un diálogo interlocutorio. La idea de Nietzsche de que todo lo profundo necesita una máscara suscita en María una sutileza: la suya fue la soledad. Debe haber sido la soledad más poblada, ya que su tertulia incluía a Platón, la mística y el método comparativo de sumar, que practicó su maestro, Ortega y Gasset. Pero escuchando mejor su voz desplegada, reconocemos que su clara filosofía es un diálogo que suma el placer de la inteligencia, que reconoció en sus lecturas, hechas de fraterna intimidad, el pensamiento a la vez idealista y sensorial, esto es, transfigurado, de José Lezama Lima. Menos evidente es el diálogo con la otra orilla que la lengua castellana tiene en la obra de Jorge Luis Borges; ese sobresalto visionario reconstruye a la lengua española como un idioma, por fin, internacional y transfronterizo. Con Borges y Lezama, María Zambrano le dio al lenguaje español una nueva articulación: la capacidad de pensar este mundo como si otro mundo, liberado por la inte-

<sup>1\*</sup> Catedrático de *Hispanic Studies* en Brown University. Director del *Transatlantic Project*. Correo electrónico: julio\_ortega@brown.edu

ligencia, fuese posible. A esa promesa se debió *Sur*, la gran revista que sostuvo Victoria Ocampo y donde Lezama y Zambrano se daban cita entre frases pintureras y cláusulas de incisos y volutas.

Cada uno de ellos (Zambrano, Borges y Lezama, esas tres torres del castillo remozado por la prosodia sobre-cotidiana) le dieron a esta lengua un horizonte visionario; como si sus obras retomasen la lección clásica del imaginario fundacional, que diseñaba el proyecto de una comunidad; solo que, esta vez, reconstruida en español, plena de anticipaciones de una república siempre en obras. Prevista desde la prodigalidad terrestre (Lezama), promovida por la mutualidad de la inteligencia crítica (Borges) y sustentada por el pensar a los otros como nuestra comunidad (Zambrano). Borges, Lezama y Zambrano trazaron el imaginario transatlántico moderno sumando la abundancia americana, que Lezama concibe como una utopía de fecundidades; mientras Borges deconstruye la Enciclopedia, como si nos debiéramos a la cartografía de una nueva Biblioteca; Zambrano adelanta la crítica política de la condición femenina en español. En esa ruta transatlántica, nos toca afirmar caminos de concurrencia, diversidad y horizonte.

Entre 1931 y 1936 María Zambrano vivió en Madrid, donde escribió su tesis sobre Spinoza y, en la universidad, fue asistente de metafísica. Me pregunto si su tarjeta de visita rezaba:

MARÍA ZAMBRANO  
*Asistente de Metafísica*

Yo acudiría en pos de tanta asistencia. Siguiendo las huellas del pensamiento de César Vallejo en España, he visitado las revistas *Cruz y raya*, *Revista de Occidente* y *Hora de España*, de cuyos equipos editoriales María formaba parte, junto a José Bergamín y Juan Gil Albert, otros dos prosistas del alba, esto es, de agudeza celebratoria. Esas revistas hoy nos parecen poseídas por una fe en nosotros, convertidos por la lectura en personajes del futuro. María Zambrano forjó su propio lenguaje, que no fue una mera equidistancia entre el discurso filosófico y el comentario de opinión, sino, desde temprano, la intimidad inquisitiva que tramaba el valor de las palabras. Su pensar es un decir más próximo que el seminario y más apelativo que el tratado. Me hace re-

cordar la virtud de algunos maestros, que era la elocuencia sumaria que prolongaban después de clase. Su libro *Los intelectuales en el drama de España* (1937) se emparenta con el pensamiento católico francés de izquierdas, presente en la revista *Esprit*, de Emmanuel Mounier. Vallejo debe haberla leído dialógicamente, ya que comparten, Vallejo y Zambrano, el culto de la virtualidad. Y es evidente que viven la urgencia de un lenguaje habitable; leerlos es preguntarse por uno mismo. La articulación transatlántica, se diría, gesta un lenguaje para proteger y acrecentar la parte de la lengua que les ha tocado rearticular. Así, Lezama prolonga el Barroco para celebrar la fecundidad de su visión americana; Borges se diría que hace de la Biblioteca un hogar placentero donde la nación documenta su ironía y María sostiene la idea de la Universidad como iglesia universal, donde el diálogo es un acto de fe civil, antiautoritaria y gozosa.

Cuando le estrechaba la mano que me extendía, bajando la voz, me dijo:

—No sé si Ud. lo sabe, pero yo fui la novia de José Lezama Lima.

Todavía me parece haber entendido mal, porque la declaración de amor platónico me desconcertó, no supe qué decir y reí francamente a gusto. Su buen humor me recuperó. Todavía me pregunto si María ponía a prueba a sus visitantes con alguna vuelta de tuerca y un sobresalto de agudeza.

—Aunque tengo que decirle —me dijo, enseguida— que el famoso capítulo de *Paradiso*, que es un tratado sobre Eros, me resultó más bien pobre de lenguaje, lo que es desconcertante porque el libro es de una gran elocuencia.

Reímos todos, aliviados.

—Solo le reprocho —siguió ella, divertida— lo explícito, porque el español es una lengua muy rica, dada a la metáfora, y todo puede decirse figurativamente.

Me impresionó la frescura de sus ideas tanto como su comodidad en el arte de la tertulia. Quizá por eso, me pareció que esta conversación ocurría dentro de otra. No repetida, sino prolongada. Le conté que la habíamos recordado en casa de Luis Loayza, en Ginebra, con José Ángel Valente, Américo Ferrari y Raúl Déustua. Mencioné a los amigos que Lucho había convidado cuando me hospedó en su piso,

creo que todos ellos la habían frecuentado en Ginebra —no sin las pausas que interrumpe la conversación del exilio—. De su tiempo en Roma, tuve noticias por Tomás Segovia y Sergio Pitol. Con Valente mantuvo una amistad de referencias hondas, que terminó mal y sin explicaciones. María, me pareció, estuvo siempre rodeada de amigos, pero, en el áspero camino del exilio, perdió a varios. Sergio Pitol, que frecuentó la tertulia de María en Roma, me contó que, en el verano romano, bajo el sopor del farragoso, María dormitaba. Para despertarla, tenían un código: decir, en voz baja: «Ro-sa Cha-cel...». María despertaba entre rayos y truenos.

A propósito de sus amigos americanos, recordó ella con afecto a Alfonso Reyes. Como los españoles de su tiempo, ella seguía conversando para siempre con la agonía de la guerra civil. En el primer exilio, me contó, Reyes la acogió en México y la ayudó consiguiéndole una plaza de profesora de Filosofía en una universidad de provincias, creo recordar que la de Mérida. Me dijo que, de pronto, se vio predicando Platón a los indiecitos. Un día, recordó, estaba sentada frente al lago, sola, cuando alguien la llamó y, al volverse, vio a Reyes que la saludaba con la mano en alto. Se sentó a su lado y le dijo «María, los mexicanos sufrimos con Ud.». Ella entendió que Reyes la acompañaba en el luto por España. Y recuperó la fe en las palabras. Todos los mundos legibles (desde la tradición clásica, hasta la vocación humanista; desde la emblemática de la tragedia al saber místico) fueron para su pensamiento parte del principio de articulación que, a nombre del conocimiento, humaniza nuestro breve turno.

Volvía yo de la Abadía de Montserrat adonde había ido a visitar el único ejemplar conocido de *España, aparta de mí este cáliz*, el canto de Vallejo a la República española en batalla contra la insurgencia y sus aliados. Ella no sabía que ese libro se daba por desaparecido, y le interesó la historia que había yo reconstruido. Para mi asombro, recordaba con nitidez esa edición, que tuvo en sus manos. Recordó el papel de pobres en que fue impreso, evocó la convicción ética del poema y hasta me hizo un retrato de Vallejo. Estaba ella en Valencia, contó, en una comida de españoles. De pronto, en medio del vocerío advirtió un silencio grave. Y vio al hombre que era Vallejo, calmo y solo, en el otro extremo de la mesa. Me impresionó, me dijo, la intensidad de su

silencio, pero, sobre todo, el brío de su cabeza. Era una cabeza fina, de frente amplia y clara. Una cabeza cuyo silencio le daba una poderosa dignidad. ¿Trotskista Vallejo? Era una acusación más de la enemistad de la época, protestó. Y enseguida, a modo de demostración, nos contó que, cuando Antonio Machado estaba en Barcelona, alojado en una casa de la República, mientras se organizaba su salida a Francia, recibió la visita del poeta Emilio Prados. Charlaron a gusto. Y al acompañarlo Don Antonio a la puerta, mientras se despedían, escucharon el canto intenso de un pájaro y miraron hacia el árbol de la calle. Quedaron en silencio, absortos, y Machado le dijo a Prados: «No se lo cuente Ud. a nadie. Nos acusarán de trotskistas».

También recordó, con horror, la noche que contempló desde su ventana, en Barcelona, las luces que palpitaban en el horizonte como fuegos fatuos; solo que era el fuego de los bombardeos y los cañones, cruzando el cielo oscuro como un espectáculo que, de pronto, le pareció grandioso; pero de inmediato se le sobrepuso el pavor de esas luces de muerte.

En otro momento de nuestra conversación, no sé a guisa de qué, se mencionó a José Ortega y Gasset. Ella habló con afecto de su maestro. Nos dijo que le había enseñado que la filosofía debe dar alegría. El Sr. Kant, siguió, me ha dado alegría más de una vez. En cambio, el Sr. Marías me entristece. Lo dijo como una broma de cenáculo, aunque asomaba cierta rivalidad por la atención del maestro, quien la tuvo más por Marías.

Soy pésimo con las despedidas. Me pareció que habíamos tomado mucho tiempo de María, y luego del té que repartió su ayudante, cuyas virtudes ella encomió, empecé a despedirme.

—Pero por qué se marchan —protestó María—. ¡Si estábamos tan contentos en compañía de Vallejo y Lezama!

Habíamos charlado más de una hora, y ella no se había movido de su silla de mimbre. Pero cuando nos despedíamos, sintió la necesidad de ponerse de pie para darnos una mano pesada y triste. Lo hizo con dificultad, y, en ese momento, entendí lo anciana que era y el talento con que había sobrevivido su época como el último testigo de su España heroica. Había remontado la guerra civil, como mucha gente, es cierto, pero, en su caso único, como pensadora que actualizaba, con

la agonía, la suerte de la filosofía como consolación, esa melancólica herencia hispana. Hizo de la precariedad del exilio una coordinada contemporánea de la conversación transatlántica y, con urgencia ecuménica, reanudó otra vez la fe en el saber, la religiosidad que celebra lo humano y la agudeza del lenguaje que nos piensa como la humanidad salvada de los abismos modernos.

Todo el tiempo me pareció estar charlando con una mujer sin edad. Solo cuando ella intentó ponerse de pie para despedirnos y reclamó ayuda, me embargó una cruda tristeza. Como si ella hubiese envejecido un siglo, y su paso dudoso fuese a quebrarse. Mientras refulgía el fuego de su pensamiento libre, mientras nos cedía parte de su memoria para recordarla como si su historia fuese nuestra, ella carecía de edad, y su brío nos había embargado.

Ya en la amplia calle, buscando un café, Javier advirtió mi desconuelo y me dijo:

—Es conmovedor que esa inteligencia poética sobreviva a su tiempo trágico, a pesar de su edad y su salud.

Lamento haberme despedido bruscamente, dije. No hay otro modo de despedirse de ella, me consoló él. Me doy cuenta, ahora, que seguía protegiendo a su interlocutor con ese español del exilio, florecido en América y pleno de futuro. Todas las guerras civiles las seguiremos ganando en este español de las mezclas, ahora haciéndose cargo de la violencia. El femicidio, la corrupción y la vida cotidiana convertida en mercado.

Lo que no podía yo prever es que prologaría ella un librito con nuestros poemas. Ocurre que la idea de reunir poemas que aludan a cuatro continentes se originó en el viaje que hicimos Julia Castillo, Javier Ruiz, César Antonio Molina y yo a Toledo. César era, por entonces, director del suplemento cultural de *Diario 16*, desde donde había puesto al día la lectura del gran exilio español que retornaba a España. Fuimos a visitar lo que había sido la casa de mi poeta preferido de los años mozos, Garcilaso, y quedé conmovido de que estuviese demolida. Javier me ha recordado que evoqué la posible visita del Inca Garcilaso a esa casa en pos de su ilustre pariente. Me doy cuenta hoy de que nuestra conversación al pie de esas ruinas ocurría dentro de la conversación de los dos Garcilasos. Esa escena filológica fue el ori-

gen de mi «Autorretrato Toledano». Un poema que pretendía añadir una piedra cuzqueña a la piedra ignita del Escorial, para que el fuego sea mutuo. En un cuaderno fatigado, he encontrado el manuscrito y veo que el poema lleva lugar y fecha: Torre Valentina, Gerona, 24 de agosto de 1983. César tenía un canto a Machu Picchu, producto de su visita a los dioses de lo alto. Propuse a Enrique Lihn, que, por entonces, era mi invitado en la Universidad de Texas, en Austin, contribuir con una secuencia de sus poemas a la India, lo que hizo con gusto. Julia Castillo había dialogado, en uno de sus grandes poemas hondos, con el lago salino de Chott, en Túnez, de modo que su poema era una imagen de África. Javier le contó a María del libro que se acababa de concebir entre los cuatro y que se llamaría *Los cuatro continentes*. María lo decidió de inmediato: «Yo escribiré el prólogo», anunció. Fue publicado por la Diputación Provincial de Huelva en la Colección de Poesía Juan Ramón Jiménez, en 1986. La grácil firma de Juan Ramón decora la carátula.

María dijo en su prologoillo:

La cosmogonía se ha hecho presente escasamente en la cultura de los que vivimos en este lado del mundo. Y esta carencia se hace sentir particularmente en el momento en el que vivimos. Por ello hay que señalar este intento en el que cuatro poetas han trazado independientemente unos de los otros los eslabones fragmentarios de una cosmología contemporánea, desde los cuatro continentes de nuestros clásicos: Europa, África, Asia y América, una experiencia poética en nuestra lengua que va más allá de su vinculación con lo terrestre.

Sabemos de la existencia de una cosmogonía musical de Marius Schneider. Esta ha de ser una visión integradora y esencial del pensamiento del autor del revelador estudio sobre los animales-símbolos. En el caso que nos ocupa veríamos un acercamiento a una cosmogonía en paralelo. Cosmogonía, en verdad, en la medida en que la música es parte del logos, de la razón. Una visión integral a la altura de la Palabra, que se está haciendo, que estaba naciendo.

Se trata de la unificación, de la unidad de la multiplicidad de los tiempos. Desde estos cuatro continentes se llega a una aproximación, a los bordes de esa cosmología unificadora que brota de la Palabra.

Copio uno de los poemas de Julia Castillo para devolverle la palabra a María Zambrano y que el diálogo atlántico nos alumbré el camino:

Mensajero —el  
horizonte—  
del amor de la montaña  
cuando divisa al  
desierto  
en brazos de la distancia  
da su secreta  
correspondencia  
a las llamas de la luz:  
el calor le habla  
al viento  
el viento  
le habla a la arena  
el horizonte  
se tiende sobre la imagen  
de sí mismo  
que le aguardaba:  
inmóvil  
sueña con que en la noche  
el beso  
aunque fugaz  
de una estrella  
sobre su frente  
le borre todo recuerdo  
de la prisión  
sin límites en que yace:  
cuya ventana  
sola es el sol  
cuya soledad  
la luz  
no admite  
en su compañía  
ni a una sombra  
siquiera

Acababa yo de volver a Madrid a comienzos de enero de 2010 cuando, en la Agenda de *El País*, leí que el filósofo José Luis Pardo presentaba esa noche, en el Círculo de Lectores, una antología de María Zambrano, compilada por otro amigo recientemente muerto, José Miguel Ullán, cuya admiración por la actualidad de María compartí desde la crítica contra el habla sustitutiva que nos hacía perder el mundo. El poema, para Ullán, era por eso la contra-dicción de la palabra, en sus manos,



hecha grafismo, traza y refiguración. De modo que me encaminé hacia el Círculo de Lectores con tiempo y sin prisa. Yo sabía de memoria esa ruta, pero, en una u otra esquina, he perdido el rumbo. De modo que acudí a un quiosco de periódicos y le pregunté al poco amable vendedor por el Círculo. Pero el pobre todavía digería su cuota de mala leche y se limitó a gruñir. De la sombra se asomó un hombre aún joven, grueso y severo:

—Yo sé dónde está el Círculo de Lectores— me dijo, pero su lengua trabada dificultaba entenderle, era tartamudo. Sentí la mano robusta de María que me guiaba a su evento gracias a este rústico mensajero. No se me escapó esa filosófica ironía, digna del travieso ingenio de la antologada.

La presentación de Pardo fue inspirada, académica, justa. ¿Preguntas? Levanté la mano. Y conté el episodio de mi guía. Todos reconocieron en la metáfora del tartamudeo el primer gesto de la palabra viva. ¡María habría aprobado la lección del mensajero! Lola Ferreira, el alma del Círculo, me obsequió un ejemplar de la amplia antología de Ullán. Volví a mi hotel caminando liviano y de memoria, acompañado por María y por José Miguel. ¡Estábamos más elocuentes que nunca!

Una de las revistas donde María colaboró asiduamente fue *Sur*, que, entre fines de los años treinta y comienzos de los años cuarenta, era un cruce de caminos, unos de trayecto europeo, otros de ida y de vuelta local. *Sur* asumía la hipótesis virtual compartida por las revistas de largo aliento: adelantar camino, proyectar puentes, compartir la actualidad, exorcizando, con cierto entusiasmo, las penurias locales. No eran europeístas, como se dijo (he olvidado quién lo dijo). *Sur* abría un espacio argentino dentro de una biblioteca cosmopolita. Estuve revisando los números donde aparecen las crónicas de María, actuales y urgidas: brilla en ellas la dignidad de la derrota. Esa conciencia sacrificial es, de por sí, elocuente: España, nos dice, sucumbe ante el fascismo que ensombrece a Europa, pero España no está sola, agonizan con ella las repúblicas modernas, hechas para un futuro salvado por el lenguaje. Nos dice, por lo tanto, que todos tenemos un papel en la pérdida de España: su agonía la hace más nuestra. Pronto, los trayectos transatlánticos habrán hecho el camino del reconocimiento,

entre rutas que confirman nuestras tareas. Siempre por pensarse. Es decir, por hacerse. Como un eco de esas tareas de crítica esperanzada, Octavio Paz llegó a decir: «La revista es la patria».

En México, en Cuba, en Chile y en *Sur* de la Argentina, María Zambrano reconoce que el lenguaje español es uno y muchos, y que esa diversidad es de por sí un pensamiento salvador, cuya función es de denuncia y solidaridad, pero también de agonía, alarma y promesa. Escribiendo desde la otra orilla, en verdad, María se sabe leída como testigo de la tragedia de España. Esta visión cristológica no es solo suya, la expresan varios poetas y ensayistas, y, evidentemente, desde España para el mundo, la dirá mejor el peruano agonista, que escribe su epístola de una nueva Biblia, la que promete: «Solo la muerte morirá». Y, en efecto, muere en el poema.